

JESUS NEIRA MARTINEZ



PALABRAS A MIS AMIGOS
DE
POLA DE LENA

POLA DE LENA
1956

JESUS NEIRA MARTINEZ

PALABRAS A MIS AMIGOS
DE
POLA DE LENA

POLA DE LENA
1956

Mis amigos de Pola de Lena quisieron celebrar mi paso al profesorado de las Escuelas del Magisterio.

En el acto que con este motivo se celebró en "Casa Flora", en la noche del 29 de diciembre de 1956, dirigí a los allí reunidos unas palabras que, aproximadamente, fueron éstas.

Palabras a mis amigos de Pola de Lena

Antes de que se disuelva esta grata reunión, quiero dirigir unas palabras a todos los amigos aquí presentes. En primer lugar, gracias a todos por lo que este acto representa: por vuestra buena amistad que ha querido asociarse a mi alegría. Es la participación en la alegría ajena lo más noble de la amistad, y también lo que caracteriza a la amistad entrañable. El verdadero amigo no es, como pueda parecer, el que llora con el que está triste, sino el que ríe con el que está alegre.

Tiene Antonio Machado en "Juan de Mairena" un capítulo interesante en el que habla del prójimo. En él sostiene la extraña teoría de que en realidad el prójimo no existe. No recuerdo ahora exactamente en qué funda sus afirmaciones. Pero leyendo esta obra hace unos años, llegaba a la consecuencia de que, efectivamente, el próji-

mo no existe cuando lo amamos. Y no existe en este caso porque es una prolongación nuestra. Esto ocurre, en primer lugar, en la familia. Los dolores y alegrías de uno lo son al mismo tiempo para los demás. Y algo parecido ocurre con los amigos cuando lo son de verdad, y también, en cierto modo, con las gentes de nuestro pueblo, de nuestra provincia o de nuestra nación. A todos ellos estamos ligados, y a todos ellos debemos en parte lo que somos. El no percibirlo así, el sentirse aislado o, lo que es peor, enemigo de nuestra familia, de nuestros vecinos o de nuestros compatriotas repercute desfavorablemente en todos, en nosotros en primer lugar. Con razón se ha señalado que uno de las grandes males de España es la insolidaridad nacional, el no sentirse miembros de una comunidad con intereses comunes.

Yo siempre me sentí muy ligado a la Pola. Y aunque había muchas personas de aquí y de afuera que me animaban a salir de ella con aquello de que "nadie es profeta en su tierra", yo les recordaba que existe otro refrán (no sé si puede llamarse contrarefrán) que dice: "cada uno en su tierra es rey"... ¿Cuál de los dos es el verdadero? Yo creo que los dos lo son. Nadie es profeta en su tierra, sin que eso sea hablar contra la tierra. Si por profecía entendemos lo que parece propio aquí, el mensaje intelectual o artístico que un hombre puede traer, tiene que ser oído, si es que tiene auténtico valor, más

allá del horizonte del terruño nativo. Sería absurdo que Vital Aza se hubiese querido hacer famoso estrenando sus obras en Pola de Lena, o que Menéndez Pidal se hubiese empeñado en que los paisanos de Pajares se diesen cuenta del valor de su ciencia filológica. La profecía en tierra propia suena a pedante. Allí hay que ser uno como los demás. Ello no se opone a que luego el pueblo propio recoja con amor la fama que sus hijos lograron en otras tierras.

Por otra parte, también es cierto que cada uno en su tierra es rey. Allí está nuestro hogar, nuestra familia, nuestros amigos, nuestras raíces. Si el pueblo natal no tiene porque apreciar los mensajes geniales que sus hijos pueden traer, sí aprecia cualidades humanas elementales y fundamentales en el trato y en la convivencia diaria. Algunos dicen que les agrada más la vida en las ciudades, porque allí la gente no se conoce. Pero yo pregunto: ¿Qué hay de malo en que nos conozcamos? ¿Por qué no hemos de saber y apreciar en su justo valor las cualidades humanas de las personas que nos rodean?

En lo que a mí ~~me~~ se refiere siempre me sentí más cercano a este segundo refrán. Me encontré muy a gusto en Pola de Lena, y la estancia en ella creo que no me ha perjudicado en ningún aspecto. Frente al hombre viajero, con ansia de recorrer y de conocer mundo, está el hombre sedentario, el hombre-planta, que vive muy contento en su rincón. Yo, por mis condiciones psi-

quicas y hasta físicas, me siento irremediablemente incluído en este grupo. Me considero un poco inútil para caminar por el mundo. No me atrevo a decirlo, porque va contra la opinión general, pero la verdad es que no siento deseos de viajar. Y pienso, para justificar en parte mi postura, que muchas veces los viajes proporcionan un conocimiento superficial, como aquél que viene de Sevilla, hablándonos de la Giralda, de la cual podemos también hablar nosotros sin haber estado allí. Podríamos decir que el conocimiento del viajero es en extensión, mientras el del sedentario lo es en profundidad.

Este amor mío a la Pola quizá se refleje bien en el hecho de que las dos únicas poesías que he publicado se refieren a ella. Las dos son en verdad bastante malas, pero manifiestan un estado emocional verdadero. Vais a permitirme que recite una de ellas, aunque, como veréis, soy tan mal recitador como poeta.

*Si yo tuviera el don de la palabra pura y armoniosa,
el don supremo del poeta,
yo cantarí
en versos sonoros, en versos inmortales,
a Pola de Lena,
la villa hermosa,
plácida y serena,
limpia y pura,
recostada en la falda del Pajares,
oreada siempre por el viento frío de sus cumbres nevadas;*

*hablaría de la magia profunda de su nombre,
Pola de Lena,
claro, cantarín, luminoso, eufónico,
de resonancias helénicas, de claridades mediterráneas;
y del espíritu abierto de sus habitantes,
de su humor fino, agudo, sutil,
que como planta natural,
brota por todos sus rincones:
por los famosos bancos de la plaza,
por sus clásicos chigres,
por sus humildes y solitarios caminos.*

No me habléis de su abulia, de su pereza, de su apatía.

*Habladme, si queréis,
de su porte señorial,
de su dignidad para el reposo,
de su elegancia en el abandono.*

*Quisiera, Pola de Lena,
vivirte en el recuerdo,
para llegar a conocer
tus gracias más secretas,
tus pensamientos más íntimos,
quizá tus sueños imposibles de un destino fabuloso,
por el que estás esperando,
para el que acaso reserves tus esfuerzos.*

Alguien ha reprochado a los asturianos este entusiasmo desmedido por la tierra natal. Creen que, como los enamorados, ponemos en ella cualidades que no posee. Pero, sea lo que sea, nosotros lo sentimos así. Y además, podemos pensar que el enamorado no es, como suele decirse, el

que pone cualidades inexistentes en la persona que ama, sino el que sabe ver excelentes cualidades ocultas. El amor no es ciego, sino clarividente. La envidia o invidencia es la que no sabe ver, o sólo ve lo malo.

Al final de esta poesía, hablo del destino fabuloso que espera Pola de Lena, como lo espera siempre cada uno de nosotros. Creemos que más allá del horizonte nativo están los destinos grandiosos. Quizá sea verdad, pero quizá no lo sea. Pienso actualmente que en el fondo, no hay destinos fabulosos. Lo fabuloso reside sólo en la apariencia. Hay sí puestos que exigen más saber o más responsabilidad; pero lo importante, lo mismo para nosotros que para los demás, es realizar bien la misión diaria. Uno de los mejores placeres, de los más puros, es sin duda hacer bien las cosas que tenemos que hacer.

Y con esto quiero destacar una cosa bien sabida: que la vida en un lugar nos agrada, no por el paisaje o por el clima. No, esto es pura frivolidad. Vida humana es fundamentalmente quehacer. Y de las condiciones o particularidades de éste depende el perfil grato o ingrato que un lugar toma para nosotros. El es quien crea y colora el paisaje y el cielo. Cuando nuestro quehacer es grato, también lo es el clima y el paisaje. Entonces encontramos encanto hasta en el viento, la lluvia o la niebla.

Llevo —en el próximo mes de febrero se cumplirán— dieciséis años dedicado a la enseñanza

en Pola de Lena. Y el recuerdo de éstos será de lo más agradable de mi vida. Procuré siempre que mis clases se desenvolviesen en un ambiente de orden y disciplina, sin lo que no hay ningún trabajo eficaz. Pero deseé al mismo tiempo que las relaciones con mis alumnos fueran cordiales y amistosas. Y, gracias a Dios, siento la satisfacción de que muchos de mis alumnos son hoy mis mejores amigos. Y me complace ver aquí presentes, en este día y en este acto, a una buena representación de discípulos de otro tiempo y amigos verdaderos siempre.

A la enseñanza de estos años dediqué con amor el fruto de mis lecturas y estudios. Hace unos años, con motivo de un viaje a Madrid, no tan grato como éste, traje el conocimiento de un nuevo tipo de exámenes, las llamadas pruebas objetivas que, aplicadas a la enseñanza, me dieron un buen resultado. El examen consistía en una serie de preguntas, enunciadas de una forma concisa y clara. La pregunta bien contestada, puntuaba uno; la mal contestada, menos uno, y la no contestada cero. Yo no tenía más que comprobar el acierto o desacierto de las respuestas, poner el número que le correspondiese, y luego sumar o restar. El mismo alumno comprobaba luego estas sumas, y hacía las reclamaciones a que hubiese lugar. Este tipo de exámenes animó durante varios cursos mis clases. La enseñanza tomaba cierto carácter de competición deportiva, en la que algunos alumnos hasta hacían pronósticos. El error, al hacerse público con el menos

uno, se eliminaba en lo sucesivo. Frente a la opinión frecuente de que en los exámenes el alumno debe procurar sobre todo no estar callado, los menos unos le mostraban que lo importante es saber lo que se dice. Cuentan el caso de un alumno que se presentó a un examen muy recomendado; pero a pesar de ello, suspendió. Y preguntaban al profesor: "Bueno, ¿pero es que no dijo nada?". "Eso es lo malo —respondió el profesor— que dijo algo, pero barbaridades".

Uno de los trabajos que presenté a la oposición, y que por cierto gustó mucho a alguno de los miembros del tribunal, se titulaba "La música callada". Estaba inspirado en recuerdos de clase. Hablaba yo allí del placer que produce el silencio escolar, cuando brota de la dedicación de cada uno a su labor. Recordaba días de exámenes mensuales. En el salón grande que da a la plaza, se juntaban alumnos de varios cursos. Después de distribuirlos cuidadosamente para evitar el copieo, dictaba los ejercicios a cada grupo. Y durante varias horas —dos, tres, cuatro...— cada uno estaba hundido en su quehacer. Aquellas largas y lentas horas silenciosas me producían un gran placer. Y lo asociaba con la música de las esferas que Fray Luis de León oía al contemplar el cielo estrellado. Al regresar a su celda, con el alma llena de los ruidos y de las discusiones del claustro, la contemplación de las estrellas era un sedante. Allá arriba, aquellos mundos enormes y girando sin cesar. Y sin em-

bargo, nada se oía. Aquí abajo, en cambio, cuando nada funciona, todo es ruido. Por eso, sin duda, al contemplar la grandeza del mundo sideral, que funciona en silencio, percibía una música maravillosa, que es la todo funcionamiento armónico.

Voy a terminar, porque quizá os esté resultando muy locuaz. Y es que los hombres con fama de silenciosos, también nos desbordamos alguna vez ante el asombro de los que nos escuchan. Acaso algunos de los presentes sientan ante tantas palabras la misma sorpresa que la experimentada por la señora de la casa donde residí en Madrid. Era una viejecita muy simpática, a la que llamábamos la abuela. La pobre no estaba muy bien de salud. Y para colmo, hacía unos meses había tenido una caída. Por ello caminaba con dificultad y apoyada en un bastón. Yo, como estaba casi todo el día en casa, le ahorraba muchos viajes: acudía al teléfono, abría la puerta... Por esto, estaba muy contenta conmigo. Por lo demás, estábamos largas horas silenciosos. Yo estaba atareado con los temas de la oposición, y no podía pensar en otra cosa. Y en la comida y otros momentos de descanso tampoco hablaba mucho, porque la tensión nerviosa no me abandonaba nunca. Pero el día 7, después de haber realizado el último ejercicio, y ya casi con la seguridad de haber aprobado, me mostré al volver a casa extraordinariamente locuaz. Ella estaba asombrada ante aquel río de

palabras. Y mientras yo hablaba con sus hijas, ella empezó a reirse de muy buena gana. Yo, un poco escamado, le pregunté:

—Pero, ¿de qué se ríe usted?

—Pues, ¿de quién me voy a reír? De usted, ¡si yo creía que usted no sabía hablar!

Hoy os ha tocado a vosotros. Como creo que ya está bien, voy a terminar, dándoos de nuevo las gracias por lo que este acto representa: por la buena amistad que ha querido participar en mi alegría. Quizá he dicho muchas cosas que acaso estén mejor para ser saboreadas siempre silenciosamente que para ser pregonadas en alta voz. Pero vosotros habéis tenido la culpa.